

DISCURSO INAUGURAL

DEL ACADÉMICO NUMERARIO

DR. D. AUGUSTO PI Y SUÑER

EL HAMBRE DE LOS PUEBLOS

EXCMO. SEÑOR,

SEÑORES:

En 1910, hace poco más de diez años, al ingresar en esta Academia, leí un trabajo de crítica, recogiendo las notas más salientes de la Fisiología en los primeros años del presente siglo; notas que han dado una especial característica a nuestra Fisiología. Transcurridos otros diez años, pensaba insistir en la tarde de hoy sobre el tema, porque creo me puede ser permitida la pequeña vanidad de afirmar que en la elaboración de ciertos conceptos imperantes en Fisiología ha pesado nuestra labor personal y la influencia de la escuela de Barcelona. Hablé en mi discurso de «El problema clínico», siguiendo el camino marcado por mi padre en su discurso inaugural, el mismo año de su muerte; de cómo debe ser situado hoy el problema de la patología, con miras al ejercicio práctico de la medicina, dentro de las ciencias biológicas. Y decía entonces que va señalándose una nueva corriente que nos da en este siglo una Fisiología renovada, una Fisiología *fisiológica*, si así cabe expresarse, en oposición a la Fisiología *anatómica*, de los órganos, fragmentaria, legado póstumo de la tendencia analista en el estudio de las funciones del cuerpo humano.

Fué mi primer proyecto, al tratar de escoger tema para este discurso, volver sobre estas cuestiones fundamentales, cumplida la segunda década del presente siglo. Me llevaba también al tema un profundo motivo sentimental. He dedicado lo mejor de mi actividad científica y todos mis entusiasmos a estos problemas durante largos años, y hoy vengo a vosotros en un momento esperado, en una fecha que al llegar a esta Academia parecía muy lejana, ¡y ya está aquí! Quería reservar para esta tarde lo mejor de mi obra, porque siempre un acto como este despierta una íntima y melancólica emoción. Va desvaneciéndose la juventud y no volveremos a encontrarnos en ocasión semejante: el que lee este discurso puede tener la convicción de que ha terminado su actuación oficial en la Academia. Nuestra historia externa, en tanto que académicos, se en-

cierra en dos discursos: el de ingreso y el inaugural. Nos arrastra la corriente de nuestra vida que no se puede remontar; se aleja, confundándose ya entre las nieblas del olvido, el recuerdo de aquella otra sesión en esta misma sala. Nos hallamos de nuevo congregados y de nuevo van a vosotros mis palabras. Pero no sois todos los mismos: muchos desaparecieron en estos años y otros queridos compañeros les vinieron a substituir. La Academia sí es la misma. Pasará este día de hoy y se alejará, como se aleja en nuestra ruta un islote que nos acogió por unos momentos—reparo confortador—y veremos que también su recuerdo se pierde entre la bruma; un faro que allá lejos, tras de nosotros, se extingue en el horizonte.

Nunca como en estas ceremonias que marcan un instante previsto en nuestra vida, se siente tan palpable el hálito de la muerte; unas campanas que suenan a su hora. Moriremos, pobres individuos perecederos y se transmitirá la antorcha ardiente del conocimiento. Porque el hombre construye la ciencia como el producto natural de su vida, nada más, como construye el castor su casa, la abeja su panal, su silo la hormiga, cumpliendo un imperativo fisiológico al que no puede substraerse la especie, tal como se nutre o se reproduce. La ciencia, el conocimiento de la realidad que nos rodea y que somos nosotros mismos, es el más alto resultado de la vida, de muchas, de innumerables vidas, de la vida, en abstracto y así la formación, la evolución de la ciencia se cumplen de igual manera que la formación y la evolución del individuo y de las sociedades.

Creí oportuna, para entreteneros en la tarde de hoy, una rápida y sintética ojeada sobre los últimos progresos de las ciencias biológicas, de la Fisiología concretamente, que nos permitieran ver la similitud del proceso de constitución de una ciencia con el de la vida de los hombres. Cuando la ciencia llega a ser tal, al pasar de mero catálogo de hechos a las conexiones lógicas, cuando se vivifica, toma caracteres humanos y hoy podemos hablar por ejemplo de nuestra Fisiología tal como hablaríamos de nuestra vida individual o de la vida de nuestro pueblo.

Los productos de la vida han de repetir los caracteres de las vidas originarias. Es la ciencia como una vida compleja e inmortal, suma de muchas humildes y contingentes vidas particulares; la más alta manifestación de la existencia de la humanidad.

Un tema exclusivamente científico, para esta solemnidad, podéis comprender que hubierame sido particularmente agradable. Volver en grata compañía sobre temas de meditación que ya se han prendido al espíritu y ante auditorio tan selecto, es ejercicio deleitoso y mi espontáneo movimiento hubiera sido ceder a la sugestión. Pero pienso, señores, que tenemos acerbos deberes que cumplir, que los tiempos son duros, que nadie debe omitir su esfuerzo, que todos los lugares son de lucha y tanto más cuanto mayor es la significación de tales lugares, y que conviene elegir los momentos en que nuestra actuación haya de rendir una mayor eficacia. Hoy nuestra voz será oída por el pueblo, hablemos pues al pueblo y sacrifiquemos nuestro lucimiento

personal. En las sesiones científicas, íntimas, académicas, podremos tratar de cuestiones puramente espirituales; aprovechemos toda ocasión para el proselitismo y digamos unas palabras ardientes, que lleguen a todos, palpitantes de emoción, indignadas y flageladoras.

Muy optimista, afirma el fisiólogo Nicolai—el gran europeo, como le llamara Romain Rolland—en su libro de rebelión «Die Biologie des Krieges», que tal como se perdieron en la historia de la humanidad la antropofagia y la esclavitud, es seguro que en una ulterior etapa de la evolución moral, desaparecerá la guerra, desaparecerá también el hambre. Parecía, en efecto en los años que precedieron a la guerra, que la civilización occidental había hecho definitivamente imposible este azote que castigara recia y repetidamente a la humanidad, el hambre colectiva. Sólo en los pueblos más atrasados podían observarse períodos de dificultades nutritivas más o menos acusadas, pero difícilmente hambres catastróficas. Creíamos que la armadura económica de las naciones cultas, constituida durante los siglos XVIII y XIX, la mutua asistencia y la relativa facilidad de los transportes con el consiguiente intercambio de productos, ponía definitivamente a la humanidad a cubierto de tales desgracias. ¡Cambió totalmente el cuadro! Pasa hoy el mundo entero por un intensa crisis nutritiva y hay países, Rusia, China, en que el hambre ocasiona víctimas inmediatas y por millones, estragos apocalípticos.

El problema de la alimentación pública interesó siempre y fué con frecuencia sometido a estudio. Cuanto más ha de ser de actualidad en estos momentos, en que Europa entera padece hambre! Ya en el XIV Congreso internacional de Higiene y Demografía celebrado en Berlín, en 1907, tratóse, como tema oficial, de la nutrición colectiva, en especial de la alimentación de los pobres. Los profesores Rubner y Blauberg fueron encargados de la ponencia sobre los efectos de la alimentación deficiente.

Porque, aun entonces, en plena era de prosperidad de Europa y América, se consideraba que algunas clases sociales, incluso en las naciones más florecientes, quedaban sometidas a una alimentación insuficiente y preocupaban a los técnicos y a los gobernantes los daños que aquello pudiera ocasionar, buscando el remedio adecuado. Deberemos referirnos repetidamente a la ponencia de Rubner «Die volkswirtschaftlichen Wirkungen der Armenkost» y conviene recordar también que tres años antes el gran químico francés Armand Gautier habíase ocupado en su célebre libro «L'Alimentation et les régimes», de la misma cuestión. Desde fines del siglo XVIII, a partir de los trabajos de Rumford, propugnador entre otras cosas de la marmita sueca para el ahorro de combustible, había sido problema muchas veces a discusión el de la alimentación de las clases pobres.

En crisis la economía mundial, existentes en todas partes dificultades alimenticias, provocadas unas veces por la escasez efectiva de los víveres, otras por la disminución ruinosa de la capacidad adquisitiva de la respectiva moneda y otras por ambos motivos simultáneamente, compréndese que la oportunidad de esta clase de estudios

se ha hecho más urgente. La carestía de la vida, universal después de la guerra, ha alcanzado en determinados países cifras aterradoras.

De este encarecimiento resultan automáticamente enormes masas de hombres sujetos a alimentación deficiente. Antes de 1914 aumentaba rápidamente el promedio de la vida humana, de tal manera que llegó a valores que sólo había conseguido la humanidad en los tiempos de mayor esplendor de la Grecia clásica; una estadística universal de los diez años siguientes a la guerra, a partir de 1918, demostrará en su día los efectos de la lenta inanición en que sucumbe en nuestros días la vitalidad de pueblos enteros.

Siempre habían intuído los fisiólogos y los higienistas los males que había de ocasionar la alimentación deficiente a las colectividades, porque se conocían los resultados de la hiponutrición en los individuos. Esta cuestión, sin embargo, no había podido ser resuelta experimentalmente. Conociánsese las características sociales de los pueblos más pobres, contrastando con los mejor nutridos; sabíanse las diferencias somáticas, fisiológicas y psíquicas de las distintas clases sociales en cada pueblo, respondiendo a las distintas condiciones de vida, la alimentación sobre todo. Una deficiente nutrición se traduce por una disminución del peso y de la talla, por una menor capacidad funcional, por perturbaciones en la psiquis, unas veces en el sentido de la depresión, otras en el de anormal excitabilidad, la impulsión: por la tendencia a buscar estimulantes artificiales con la consiguiente propensión al alcoholismo que viene a ensombrecer todavía la situación, por un envejecimiento prematuro.

De otra parte, hay que tener en cuenta que disminuye la resistencia a las enfermedades infecciosas y en especial a la tuberculosis, la enfermedad social por excelencia.

«Los efectos de la alimentación de los pobres, escribe Rubner, consisten en una disminución de tamaño y de peso, en una anormal composición de los tejidos y en la consunción, en seguida que se exige al organismo un cierto esfuerzo. Se produce la hiponutrición en todas aquellas colectividades privadas de bienestar y entre las cuales *el coste de la vida sea excesivo*. No hay otro factor más influyente sobre la morbilidad y la mortalidad como la insuficiencia de los ingresos, que castiga, sobre todo, a las capas más bajas de la sociedad.»

Todos los daños de la crónica nutrición insuficiente han sido confirmados por el mayor y más terrible experimento que haya podido realizar la humanidad, el bloqueo de las naciones centrales de Europa durante la guerra. Comienzan a ser conocidos sus resultados con estudios serios y estadísticas exactas. Veamos la siguiente estadística reproducida por Rubner en su nota «Von der Blockade und Aehnlichem» (Deutsch. med. Vochensch. xiv, 393, abril 1919):

	Muertos traumáticos en el campo de batalla.	Combatientes muertos por enfermedad.	Muertos civiles en el interior por el bloqueo.
1. ^{er} año de guerra.....	481506	24394	88235
2. ^o id. id.	330332	30329	121174
3. ^{er} id. id.	294743	30190	259627
4. ^o id. id.	317954	38167	293700
	1424535	123080	762736

La mortalidad por el bloqueo fué aumentando de año en año hasta conseguir casi el mismo valor absoluto en el tercero que el de los muertos en el frente por heridas. Nótese, incidentalmente, como en el ejército, en general bien alimentado y sometido a una organización sanitaria ejemplar, es insignificante la mortalidad por enfermedades. Y afirma Rubner como conclusión: «Siempre hemos pecado de optimistas al establecer el balance de los daños del bloqueo» y se detiene en especial en la consideración de los efectos de la alimentación insuficiente sobre las funciones nerviosas, buscando en ellos la interpretación de muchos movimientos populares, de las convulsiones revolucionarias que han sacudido toda la Europa septentrional y también repetidamente las mismas naciones centrales.

En una cuidadosa revisión de las estadísticas, W. V. Drigalsk (Ibid. xiv, 573; mayo, 1919) «Hungerblockade und Volksgesundheit» encuentra en Alemania después de la guerra sólo un 12,9 % de personas con capacidad fisiológica normal contra un 38,7 % anterior a la guerra; 8,6 % con anemia, contra 3, 2%. La mortalidad por tuberculosis en el año 1918 fué casi el doble que en 1914, aumentó mucho el raquitismo infantil y se notó un incremento notable en toda clase de psicopatías, en parte atribuibles a la restricción alimenticia y en parte acompañando a esta restricción, a sufrimientos morales. Podríamos, como éstas, multiplicar indefinidamente las citas.

Viene a comprobarse una vez más, con demostración irrefutable, que «la nutrición es el fundamento de la capacidad física y psíquica de los individuos y, por lo tanto, la condición básica de la salud de los pueblos, del poderío de las naciones». Cosa prevista, en lo que afecta a España, por nuestro Joaquín Costa al predicar que nuestra política había de ser de escuela y despensa—ésta y no otra, en efecto—y al decir que el individuo sometido a hambre crónica «aunque no sienta dolor está enfermo, aunque le lata el pulso está difunto; es un cadáver que anda, un vivo muerto, un vivo que lleva sobre sí millones de células cadavéricas; verdadero cementerio donde prende con pasmosa facilidad y se atrinchera cualquier enfermedad para expugnar desde allí el alcázar del organismo, extenuado y ruinoso, falto de víveres, indiferente a la gloria de luchar y hasta sin amor por la vida que no le ofrece ningún encanto. Si el desequilibrio es poco notado, si la diferencia entre las fuerzas consumidas y las inge-

ridas no es muy grande, esa vida o mejor dicho, esa mezcla informe de vida y muerte, podrá prolongarse muchos años pero llevando estampado en el rostro el testimonio vivo de nuestra doctrina: aquel hombre habrá muerto por dosis, habrá tenido muerta constantemente una parte de su ser y su vida habrá revestido en mayor o menor grado todos los caracteres de una agonía. Y como yo pienso, y conmigo cuantos conocen por su mal las interioridades de la vida individual en nuestra patria, que las tres cuartas partes de los españoles por lo menos, se nutren de un modo insuficiente, se acuestan sin cenar, se comprende por qué decía yo—en frase cruda, lo confieso—que el 75 % de los españoles muere de hambre; que el pan que comen cuatro millones de españoles se halla empapado en la sangre de los doce millones restantes». Julio Senador reproduce en «La Canción del Duero» la afirmación de Baldomero Argente de que hay realmente y en tiempos normales diez millones de españoles que no comen pan. Factor, el hambre crónica española, sin duda, el más efectivo de la decadencia actual. Tendremos que volver sobre esta cuestión.

Al terminar la guerra se ha encontrado la humanidad con una espantosa disminución de su riqueza. La ruina de beligerantes y neutrales ha sido la lógica consecuencia de la dilapidación militar, de los cuatro años de destrucción y de muerte. Resultado natural ya previsto y señalado pocos años antes de la gran conflagración por Norman Angell en su célebre libro «The Great Illusion». «No es que la guerra sea imposible—como habían afirmado ciertos economistas, sobre todo al pensar en el coste de una guerra moderna de alguna duración—sino que es fútil, ineficaz, aun suponiéndola victoriosa». Era la grande ilusión que de una lucha universalizada pudieran resultar vencedores, dada la mútua dependencia económica de todas las naciones. Un conflicto armado que se localiza, como sucedía en las guerras de antes, puede traer ventajas reales o aparentes al vencedor; tal como desvalijar al viajero pueda convenir al ladrón en despoblado. El botín llegue acaso a compensar materialmente los esfuerzos por adquirirlo. Este había sido siempre el sentido de las guerras nacionalistas: apoderarse de lo ajeno, ya en forma de territorios, ya de dinero o de material. Pero una guerra que ha implicado la casi totalidad del mundo civilizado, en la que combatieron millones de hombres, arrancados a sus habituales ocupaciones de producción, en la que se ha destruído riqueza por miles de millones, en la que el trabajo durante todo aquel tiempo ha tenido por objeto casi exclusivo la elaboración de mecanismos guerteros y no de los instrumentos necesarios a la vida civil, en la que ha perecido o fué mutilada una brillante y copiosa juventud, y por la cual han quedado destrozadas o en pleno estupor naciones como Alemania y Austria y destruída moral, económica y políticamente más de la mitad de la extensión territorial de Europa, lo que fuera Rusia, ha de ocasionar tal trastorno en la hacienda del mundo que represente la amenaza inminente de la total y definitiva ruina de la humanidad, el mayor peligro para la civilización

occidental. Esto ha sido dicho especialmente por los ingleses prácticos: por un poeta, Wells, y por dos economistas, el mismo Norman Angell en su segundo libro «The Fruits of Victory» y por Keynes en «Las consecuencias económicas de la paz». Digamos que también nuestro Federico Rahola, a pesar de un excesivo optimismo, señalaba en su libro «Aspectos económicos de la gran guerra» la perturbación económica que seguiría a la guerra y la consiguiente elevación del coste de la vida.

«Que episodio tan extraordinario—dice Keynes—ha sido en el progreso económico del hombre, la edad que acabó en agosto de 1914. Es verdad que la mayor parte de la población trabajaba mucho y vivía en las peores condiciones, pero sin embargo, a juzgar por todas las apariencias, estaba sensatamente conforme con su suerte. Todo hombre de capacidad o carácter que sobresaliera de la media tenía abierto el paso a las clases medias y superiores para las que la vida ofrecía, a poca costa y con la menor molestia, conveniencias, comodidades y amenidades iguales a las de los más ricos y poderosos monarcas de otras épocas. Y lo más importante de todo esto es que él consideraba tal estado de cosas como normal, cierto y permanente, a no ser para mejorar aún más y toda desviación de ello como aberración, escándalo y caso intolerable. Los propósitos y la política de militarismo e imperialismo, las rivalidades de razas y cultura, los monopolios, las restricciones y los privilegios que habían de hacer el papel de serpiente en este paraíso, eran poco más que el entretenimiento de sus periódicos y parecía que apenas ejercieran influencia alguna en el curso ordinario de la vida social y económica, cuya internacionalización era casi completa en la práctica.» Así fué estableciéndose y pronunciándose el desequilibrio económico y político y en la población de las naciones, y así vino indefectiblemente la guerra.

«Los grandes acontecimientos de la historia son debidos frecuentemente a cambios seculares en el crecimiento de la población y a otras causas económicas fundamentales que, escapando, por su carácter gradual, al conocimiento de los observadores contemporáneos, se atribuyen a locuras de los hombres de estado o al fanatismo de los rebeldes. Así los acontecimientos extraordinarios de los pasados años en Rusia, esa inmensa remoción social que ha trastornado lo que parecía más estable, puede ser debida más a las profundas influencias de los primeros que a Lenin o a Nicolás; y al poder demoleedor de la fecundidad nacional excesiva puede haberle cabido mayor parte en el rompimiento de las ligaduras que al poder de la idea y a los errores de la autocracia. Se podría decir mucho, en un intento de describir las particularidades económicas de la Europa de 1914, escogidos como característicos los tres o cuatro factores más importantes de inestabilidad: la inestabilidad de una población excesiva, dependiente para su subsistencia de una organización complicada y artificial, la inestabilidad psicológica de las clases trabajadoras y capitalistas, y la inestabilidad de las exigencias europeas, acompañadas de su total dependencia, para su aprovisiona-

miento de subsistencias, del Nuevo Mundo. La guerra estremeció como un huracán este sistema, hasta poner en peligro la vida de Europa. Una gran parte del continente quedó enferma y moribunda, su población excedía grandemente el número para el cual era posible la vida, su organización quedaba destruída, su sistema de transportes trastornado y sus abastecimientos terriblemente disminuídos».

No existen vencedores: unos pueblos sufren más que otros, pero todas, fuesen o no beligerantes, las naciones que constituyen la vieja Europa, se han empobrecido bruscamente. Perdida la capacidad productora normal, y ya por mucho tiempo, arrasado o estéril el suelo de media Europa, insuficientes las comunicaciones, y sobre todo destruída la solidaridad entre las naciones, y en las naciones entre las clases y en las clases entre los ciudadanos, roto todo vínculo moral, balcanizada política y espiritualmente Europa, la crisis se extiende a todos y su más grave manifestación, el aumento creciente de día en día del coste de la vida, estrangula en su raíz la vitalidad de los pueblos. Puede ofrecerse ante nosotros un proceso largo y silencioso de extenuación y de empobrecimiento continuado y lento de las condiciones de la vida y del bienestar. Es verdad que en ciertos casos particulares el coste alto de la vida responde a un estado floreciente de la riqueza colectiva: en los pueblos miserables los víveres producidos en el país se obtienen a precios muy bajos; en cambio en naciones ricas la vida suele ser más cara. Este hecho indiscutible ha consolado a algunos economistas al considerar la situación actual. Mas no vale ilusionarse: en aquellos ejemplos no se da el desequilibrio entre el poder adquisitivo de la moneda, los normales ingresos de todas las clases sociales y el precio de las cosas. Bien se sabe que la riqueza no ha de calcularse por cifras absolutas, sino por valores relativos: el margen que pueda quedar entre los ingresos y los gastos medios de las clases más modestas. Es esta diferencia, que se traduce en ahorro, en acumulación de capital a su vez productivo, la que marca la próspera situación de un país.

Y no es esta la situación de Europa. En toda ella y especialmente en las naciones de moneda depreciada, no sólo no queda margen sino que, por el contrario, todos los capítulos del presupuesto doméstico deben ser progresivamente reducidos, y entre ellos en último término, el correspondiente a la alimentación, que va restringiéndose al compás de la presión de la carestía, hasta llegar a ser insuficiente: el hambre crónica más o menos solapada. Ciertamente que de todos los elementos de un presupuesto de una familia bien organizada, la menos elástica es la que corresponde a alimentación—se puede castigar muchos gastos antes de reducir o empeorar la comida—pero si van desequilibrándose los ingresos y el precio de las cosas, llega un momento en que, por mucha que sea la previsión y el tino de los ciudadanos, ha de sufrir la nutrición. Unas pocas cifras de coste de subsistencias antes de la guerra y ahora son convincentes. Estas cifras se refieren a una nación beligerante que ocupa hoy una situación media en la ruina de Europa, Alemania, y a nosotros que fuimos

neutrales: unas y otras resultan desconsoladoras. Los precios en Alemania (Berlín) antes de la guerra son copiados de la ponencia de Rubner ya citada; los actuales recientísimos—mediados de Enero—los debo a la amabilidad del Prof. Boruttau; los datos correspondientes a Barcelona son del último anuario Estadístico de la Ciudad de Barcelona, agrupados en un trabajo muy completo e instructivo del jefe de Estadística Municipal señor Escudé y Bartolí, «El coste de la vida en Barcelona».

	Precios en Berlín Marcos por kilo		Precios en Barcelona Pesetas por kilo	
	1907	1921	1907	1921
Carne de buey.....	1,50	40	2,25	5
Manteca de tocino..	0,96	40	2,30	4
Jamón	2,77	80	6	12
Pan.....	0,45	6,60	0,40	0,70
Arroz	0,30	15	0,63	1,50
Patatas	0,06	2,50	0,20	0,35
Huevos	1,34	45	1,30	4,50
Azúcar	0,91	6	1,10	1,60
Leche	0,20	6	0,40	0,90

Véase con esto y con otras muchas cifras semejantes que podríamos copiar, lo mismo referentes a subsistencias que a las demás necesidades de nuestra vida, como todos, beligerantes y neutrales, somos bastante más pobres ahora que antes de 1914. Nuestra moneda ha perdido virtud y el aumento de los ingresos no equivale a esta desvalorización. Estos problemas económicos que repercuten directamente sobre la nutrición de los pueblos—los más importantes y urgentes que se han impuesto en todo tiempo a la humanidad, pero ahora particularmente—han sido considerados con atención por los pueblos previsores, Francia e Inglaterra, y no hay que decir los centrales bloqueados, confiaron a sus fisiólogos el estudio del racionamiento de las respectivas naciones. Es digno de especial mención por su valor científico el informe inglés sobre los alimentos de acción específica, vitaminas y la nutrición especial (1919). Por otra parte la extraordinaria memoria sobre los efectos de la alimentación restringida, «Human vitality and efficiency under prolonged diet», de Benedict, Miles, Roth y Monmouth Smith, publicada por el Instituto Carnegie, constituye un libro de setecientas páginas y es un trabajo ejemplar. Una nación rica, una de las pocas naciones ricas que quedan todavía en el mundo, los Estados Unidos de América, trató de conocer exactamente, científicamente, lo que represente de peligro para la raza la alimentación insuficiente e incompleta. Las investigaciones de Benedict y sus colaboradores, que se realizaron sobre veinticinco hombres sanos de distintas edades y diferente profesión y clase, sometidos a dieta restringida durante ocho meses vienen a confirmar en un todo las conclusiones clásicas de fisiólogos y clínicos y las que se consiguieron—ya citadas—al estudiar

los efectos del bloqueo. En general no se observaron en los experimentos de Benedict resultados demasiado desagradables, perturbaciones marcadas en la salud de los sujetos de estudio, pero hay que tener en cuenta la relativamente corta duración de las observaciones. Por esto, no siendo los autores americanos excesivamente pesimistas (acaso no bastante pesimistas), no pueden dejar de convenir en que, por la escasez de alimentación, se producen todos los trastornos ya conocidos, indicados anteriormente, y que ha de ser el primer empeño en el gobierno de las naciones evitar la alimentación sistemáticamente escasa.

Y estas afirmaciones, impuestas por la realidad, son tanto más interesantes por cuanto es bien sabido que de un tiempo a esta parte, en especial antes de que se resintiera la humanidad de las desgracias de la guerra, existía una tendencia, entre los fisiólogos, a aconsejar la reducción alimenticia como medida higiénica y económica. Del hecho cierto de que determinadas colectividades viviesen con poco alimento y de que, además, el rendimiento energético del régimen a que se sometían las clases acomodadas de Europa y América fuera bien superior a las necesidades humanas, dinámicas y plásticas, y la presunción de que pudiera ser excesiva la proporción de proteicos en la comida del hombre civilizado—de cuyas ideas nacieron las escuelas vegetarianas, naturistas, etc.—se había deducido que cabría impunemente una reducción en la ingesta y sobre todo, el convencimiento de que el hombre moderno consumía demasiada carne. Recordemos a este respecto que en determinadas enfermedades de la nutrición—y citaremos la diabetes en primer término—se habían visto los buenos efectos de la reducción alimenticia, lo que movió a pensar en las curas de ayuno y que el mismo Benedict, por cierto, y en vista del resultado de sus observaciones, aconseja, en su citada ponencia, la restricción alimenticia y en particular de proteínas, para el tratamiento de todas aquellas enfermedades de la nutrición en que se encuentre perturbada, con una mala utilización, la economía del nitrógeno.

Afirmar, generalizando, que el hombre europeo comía demasiado antes de la guerra, es con seguridad erróneo. Cada raza fija la ración alimenticia que le es necesaria. Sabemos hoy la parte que toman en la nutrición y también en el cumplimiento de determinadas funciones los llamados alimentos especiales, de los que son tipo las distintas clases de vitaminas, y todavía la influencia excitante sobre las manifestaciones vitales todas, y en particular sobre las actividades psíquicas, ejercida por ciertos productos del metabolismo nitrogenado nuclear. También es sabido que la materia proteica viviente compensa sus pérdidas desasimilativas, precisamente con aquellos aminoácidos que se desprenden de ella; es preciso que tenga a su disposición las cantidades necesarias de estos aminoácidos y como el hombre no se nutre de materia viviente humana sino de albúminas que tienen otras proporciones de aminoácidos, claro es que, para el gasto de albúmina de los tejidos humanos, conviene un excedente de proteínas en nuestra alimentación, que es en realidad

lo que sucede con nuestra alimentación normal. Cosa que de ninguna manera quiere significar que el exceso indebido de proteicos esté libre de inconvenientes. Hay gente con seguridad que come demasiado y que come demasiada carne, ya que mucho puede también la costumbre en la determinación del régimen alimenticio y el organismo se va adaptando al régimen, pero a priori, basándonos solo en datos energéticos, en las necesidades plásticas y dinámicas del organismo y en los calores de combustión de los alimentos, nunca llegaremos a prescribir una dieta oportuna. Esto lo han confirmado recientes descubrimientos.

Hay, en cambio, un criterio que no puede engañar: el estudio de lo que come una colectividad numerosa durante un tiempo suficientemente largo. Esto es lo que hizo Armand Gautier, cuando quiso fijar por experiencia las necesidades alimenticias del hombre europeo: investigar lo que consumió París en un período de diez años. Conocida la población media en aquellos años, se deduce lo que corresponde, como término medio también, a cada uno de los habitantes por día. Estos datos, como se comprende, han de ser obtenidos, si se quieren valederos, para determinar el régimen tipo, en un pueblo que nos conste no se halle sometido a alimentación deficiente, en tiempos de riqueza media bastante, de bienestar holgado, y en los que la población presente una morbilidad y mortalidad normales y no degeneren somática ni fisiológicamente.

Antes de Turró, el establecimiento instintivo de las raciones alimenticias, por lo cual resulta más sabio en energética nutritiva el sentir obscuro del pueblo que físicos y fisiólogos con todos sus cálculos, no tenía explicación posible: uno de tantos hechos maravillosos que nos pone de manifiesto la vida. Hoy conocemos el mecanismo por el cual se establece inconscientemente la ración alimenticia, nunca superior en conjunto a lo que imponen las necesidades nutritivas de la colectividad, aunque sobren alimentos. No es jamás un peligro el exceso de víveres a la disposición del pueblo; podrá serlo para unos individuos que sucumban a la gula, pero no para el grupo. Cuando sobran alimentos, se guardan o se dejan o se gastan en otros menesteres. Poco antes de llegar nosotros a la Argentina quemábanse los cereales en el hogar de las locomotoras. ¡Es la falta de materiales nutritivos lo que marca, en cambio, su influencia fatal sobre una raza o sobre una clase social!

He aquí como se enlaza en lo más profundo de la vida el estado económico de las naciones con su potencia y su porvenir. Y en cada sociedad el único criterio que puede distinguir con precisión una clase de otra es el nutritivo: que baste o no la alimentación. Toda sociedad se halla constituida por grupos de individuos que se encuentran en distinta condición social, que viven una vida orgánica diferente y que resultan, en consecuencia, diferentes también mental y moralmente. «¿Se necesita una gran perspicacia, dice Marx en su manifiesto comunista, para comprender que las ideas de los hombres, sus nociones concretas, así como sus conceptos abstractos, y en

una palabra, su conciencia, se modifican con sus condiciones de existencia, con sus relaciones, con su vida social? ¿La historia de las ideas, qué prueba sino que la producción intelectual se transforma según la condición material? Las ideas dominantes de una época han sido siempre las ideas de la clase dominante, y la clase dominante será siempre la que se nutra bien». «Todo el mundo admite sin dificultad—transcribimos a Sorel, en «Les illusions du progrès»— que existe en nuestras sociedades una gran heterogeneidad; que las profesiones, las situaciones de fortuna y las tradiciones familiares producen enormes diferencias en las maneras de pensar de los contemporáneos; muchos observadores lo han demostrado minuciosamente. Proudhon ha podido escribir, aun sin aceptar los conceptos marxistas de clase, que una gran nación moderna muestra una representación de todas las edades de la humanidad, que los tiempos primitivos se reproducen en las multitudes pobres e ignorantes cuya miseria empuja automáticamente al crimen, que una segunda etapa de la civilización se observa en una clase media constituida por agricultores, artesanos, mercaderes, y que una selección formada por magistrados, funcionarios, profesores, escritores, artistas, es la flor de la humanidad, marca el grado superior de la especie.»

Esa división meramente intelectual nos parece muy romántica y propia de los tiempos de Proudhon. Entre la pluralidad de caracteres que distinguen las clases, resaltan ante todo las condiciones económicas; nutritivas en último resultado. Esto es propio de toda manifestación biológica: los seres vivos muestran muy distintas modalidades funcionales, pero en el fondo de todas ellas, por diversas que resulten, hallamos constantemente el mismo factor esencial del cual depende todo, el factor metabólico. No hay función, no hay forma, no hay crecimiento, no hay evolución, no hay sentimiento, no hay tendencia, sin transformación nutritiva. Igual pasa en las sociedades, agregados de hombres, de seres vivos.

Es la más elemental, pero también la más exacta de las clasificaciones, la que divide a los hombres en pobres y ricos; diríamos mejor en pobres, miserables, y no pobres. Todas las otras divisiones son de matiz e interesan mucho menos. Hay dos grandes clases que tienen dos mundos aparte y se ha intentado repetidamente su definición. ¿Qué se entiende por pobre? Nuestro buen sentido nos dice que es pobre todo aquel que no puede gozar ni de los más sencillos entre los bienes de la tierra, los fisiológicos; aquel que, unido a su trabajo o carente de trabajo, no puede llegar a subvenir sus más elementales necesidades vitales. Los economistas han señalado distintos criterios para la definición científica. Así por ejemplo, a fines del siglo anterior, pudieron ser considerados pobres todos aquellos que correspondieran a los últimos tipos de la serie de Schmoller, que no lograran ingresos superiores a 2700 marcos o cantidad equivalente, dividiéndose éstos todavía en dos grupos cuyo límite se encontraría en los 1800 marcos. Si pudiéramos aceptar cifras absolutas no hay que decir que hoy habrían estas variado completamente.

Rowntree todavía en su *«Poverty, a Study in Town Life»* y siguiendo a Stwater, considera pobres a todos aquellos que ordinariamente consumen menos de 125 gramos de proteínas por día, esto es el 27 por ciento de la población de York, correspondiendo los valores más bajos encontrados, 89 gramos, a ingresos de 26 chelines semanales.

No son efectivamente los ingresos brutos que definen al pobre: es con toda exactitud la imposibilidad de nutrirse como necesita, es el verse obligado a la alimentación deficiente. Intervienen en ello, con la escasez de sus medios económicos, factores los más diversos y muchos de ellos individuales, éticos sobre todo, y familiares.

Ahora bien, lo básico en todo presupuesto doméstico ha de ser el gasto para comida, y bien se sabe que éste va siendo proporcionalmente mayor a medida que disminuyen los ingresos, como se desprende de la adjunta tabla de Bauer que se refiere a precios de anteguerra.

Con ingresos de 3000 marcos correspondía un 57 % a la alimentación.					
»	»	1500	»	»	61 %
»	»	700	»	»	67 %

Cabrá considerar como clases pobres aquellas que gasten para comida más del 70 por ciento de sus ingresos globales, teniendo en cuenta que estos gastos nutritivos son los menos elásticos y que todo presupuesto normal que destine aquella proporción al nutrimiento será ya un presupuesto reducido que, con toda seguridad, implicará una alimentación deficiente. Una dieta de 500 gramos de hidratos de carbono, 60 de grasas y 90 de proteínas, la mínima posible y tal vez ya insuficiente para un hombre de peso normal que trabaje, porque no proporciona más allá de 3000 calorías y 14,40 de nitrógeno, pero la cual puede considerarse media, (compensándose con la comida de las personas de una familia que no lleven vida activa y con los niños) no podrá conseguirse en Barcelona por menos de 1,50 pesetas. En efecto, aun suponiendo que los hidratos de carbono se ingieran en forma de pan 300 gramos, y de habichuelas o patatas—los hidratos de carbono más baratos—los 200 restantes, costarán: 600 gramos de pan a 0,70—0,42 pesetas; 333 gramos de judías secas, ó 300 de patatas y 233 de judías, costarán respectivamente 0,42 y 0,45. Los 90 gramos de proteínas contenidas en 110 gramos de bacalao seco importarán 0,30 y finalmente los 60 gramos de grasas repartidos en 30 de aceite y 40 de manteca de tocino valdrán 0,30; aproximadamente en conjunto, 1,47. Y hay que sumar todavía el coste del combustible y de los condimentos y tener en cuenta que no es posible sostener por mucho tiempo igual minuta y sobre todo minuta de esta calaña, de la que derivaría fatiga del paladar y del estómago y además inadecuada nutrición por la poca variación de las proteínas. Reducir el gasto de comida por debajo de 1'75 por día y por persona es caer seguramente en pecado de nutrición insuficiente: ningún presupuesto casero podrá bajar—y estas cifras sólo

rigen para los casos de perfecta e inteligente administración—en el capítulo correspondiente a comida, y comiendo muy mal, a valores inferiores a 1,75. Todo ha sido calculado con tanta estrechez, que la cifra práctica para que fuera algo más abundante la alimentación y más variada debiera llegar a dos pesetas. Este debiera ser el mínimo aun para los hogares más modestos; Escudé Bartolí en la citada memoria municipal, llega casi a la misma cifra: 5,75 para tres personas.

Sabemos, pues, que al clasificar a los hombres entre los pobres o no pobres no hay que contar por ganancias absolutas: el número de hijos que vienen mantenidos por el jornal del padre, las condiciones de administración de la madre, factores morales, el precio de la habitación, todo ha de ser considerado. Se será más o menos pobre según la administración y se estará a uno o al otro lado de la línea separadora según que los ingresos puedan cubrir o no los gastos de una alimentación suficiente.

Los trabajadores en general—y muy especialmente las clases proletarias—por la presión ejercida en todo el mundo por distintos procedimientos y aun por la simple imposición de la realidad—han visto aumentar sus ingresos; pero contemplamos ahora la tragedia de que la mayor ganancia representa una mayor pobreza. Y de esto son víctimas sobre todo los intelectuales y los funcionarios, postergados en las reivindicaciones económicas. Todas las cosas han aumentado de precio por la situación universal, por la carestía de materiales, por el aumento de valor de la mano de obra, —aumento de salarios y reducción de horas de trabajo—pero sobre todo por los argumentos que estas realidades han dado a intermediarios y acaparadores de toda laya. Lo que por el juego natural de las relaciones económicas entre los distintos pueblos y las distintas clases, entre la demanda y las disponibilidades, debiera encarecer como veinte, llega acaso al consumidor con un aumento como cien. Así hemos visto prodigarse como floraciones monstruosas del enorme cataclismo mundial, la lacra de los nuevos ricos, las fortunas improvisadas, culpables las más del hambre de los pueblos, que viven y triunfan entre las multitudes miserables, inanes e ignorantes.

En el hambre que asuela el mundo se dan grados insensibles: desde aquellos países prosperos en los que el encarecimiento de la vida no ha sido excesivamente pronunciado en proporción con los aumentados ingresos de los ciudadanos: Estados Unidos, Canadá, Argentina, nuevas y florecientes naciones industriales o agrícolas, con la savia pujante de su patriotismo verdad, el sentimiento de efectiva solidaridad nacional y poco afectadas por la guerra, hasta, en el otro extremo, aquellos parajes en que reina la inanición en que muere la gente catastróficamente, de que son terrible ejemplo Rusia con sus 25 millones o más de víctimas y amenazados según las afirmaciones repetidas en sus insistentes llamamientos a la misericordia universal por el explorador Nansen, y China con sus 40 millones el año pasado, sólo en la región del Chantung, según la

estadística publicada por la Liga Internacional de la Cruz Roja.

Ocupan un lugar central en esta gama las naciones derrotadas que venían ya agobiadas por el hambre del bloqueo. El caso de Alemania, la tragedia de Austria, con sus niños que han de ser socorridos en multitud, con su moneda sin valor, las dificultades de Polonia y las naciones balcánicas constituyen otros tantos ejemplos típicos de pueblos sometidos a régimen de hambre y grave peligro para el porvenir de Europa.

Pero no olvidemos tampoco el estado económico de las naciones vencedoras y de las neutrales. En esto hay apenas diferencia. España con todo y el precio alto todavía de la peseta, sufre ya intensamente de la crisis alimenticia. Se da el caso inesperado de que, en proporción al valor de nuestra moneda, la vida es más cara en España que en los países que estuvieron en guerra y cuya moneda vale circunstancialmente poco. Tomad vuestro presupuesto nutritivo y con el mismo dinero convertido en francos o marcos, marchad a París o a Berlín y veréis como realizaréis un buen negocio, comiendo mejor. ¿Qué pasará cuando baje el cambio? Nos hallamos en la situación de derrotados sin haber tomado parte en la guerra. Si triste era la situación de España en los tiempos de Costa, mucho más agobiada es ahora; arruinada la Hacienda pública y exhaustas las haciendas particulares, es cara la vida, nos amenazan terribles impuestos que naturalmente gravitarán por vía indirecta sobre los pobres y cabe temer un proteccionismo insaciable, de corta visión, que enriquecerá a unos cuantos productores, sin que el aumento de riqueza que pudiera derivarse de la protección industrial beneficie a la colectividad. Sacrificado el consumidor, más deficiente cada día la nutrición, aumenta la mortalidad, se empobrece el país y depaupera la raza.

Sueños de grandeza megalomaniaca y pobre nutrición. Y en la guerra como en la paz será garantía de triunfo la buena alimentación de la masa social; una alta capacidad fisiológica que lleva consigo el equilibrio moral e intelectual, y la prolificidad. Este es el primer problema que se plantea a todo gobernante y en la actualidad con un más acendrado rigor, vivos los conflictos, agudas las querellas y rabiosas las competencias. Los pueblos fuertes, una vez medio rehechos de su quebranto, tomarán su desquite a expensas de los débiles.

Los crímenes más graves son los que atentan a la nutrición de las colectividades. A este respecto las leyes que rigen en todo el mundo pecan de benévolas; los delitos de los causantes del hambre son considerados con la mayor lenidad y no hay duda que habrían de ser los menos perdonados. Débese la levedad de las penas a que cuando se dictaron los códigos hoy vigentes, el hambre no parecía una amenaza para la mayor parte de países civilizados: no se conocían con precisión los estragos de la alimentación deficiente y la vida tenía un carácter patriarcal del que poco a poco se ha venido desposeyendo. No se comprendía entonces que se pudiera robar y asesinar con mayor eficacia y en más amplia escala y mejores y más seguros resultados, con el peso corto, la exigencia larga

y la carestía artificial producida por el acaparamiento y la sofisticación, que con la ganzúa y el puñal. El crimen de lesa humanidad es más oculto y silencioso que el delito de sangre o contra la propiedad, pero sus efectos son más ciertos y más anchos: se mata a montones y a anónimos y no a uno conocido y es hollada la propiedad más indiscutible: la salud y la vida. Toda pena que se aplique al asesino parece poca a las multitudes en la reacción sentimental que sigue al crimen; pero el que mata a sus conciudadanos por lenta inanición, se halla bien con sus riquezas, es respetado por todos y nadie se para en estadísticas de mortalidad ni en tragedias íntimas.

Los códigos militares señalan las penas más severas, casi siempre de muerte, para aquellos que, en guerra, puedan debilitar la nación y provocar su derrota; así la traición, el espionaje, la inteligencia con el enemigo, etc. Nadie se ocupa, en cambio, de molestar a aquellos otros que arruinan a su patria, culpables de vencimiento aun sin lucha, causantes de la degradación de su raza. ¡No hay traición más grave!

Sólo evitará estos daños la existencia de una aguda conciencia social, de un sentimiento de colectividad y cooperación, por una estrecha solidaridad nacional. Ausente todo esto, se comprende que se produzcan juntamente hechos al parecer inconexos; al quebrarse los resortes de una sociedad, aparecen distintas manifestaciones del daño, y una de ellas y de las más terribles es la vida injustificadamente cara. Cuanto más sano un país, cuanto mejor regido, precisamente por su salud moral, más fácil resultará en él la vida. Al contrario, en los pueblos en crisis, insolidarios, individualistas, la vida es una continua lucha en todos los terrenos; son éstos los pueblos de las violencias, el gobierno se ejerce arbitrariamente, y se da el caso de no exigirse jamás responsabilidades al que logró ya las alturas y sólo el miserable es perseguido. Tal es el triste panorama de la presente vida española.

Y con gran dolor he de referirme ahora a Cataluña, y particularmente a Barcelona, a esta Barcelona:

*que ens fa abaixar el rostre;
Barcelona i amb tos pecats nostra, nostra!
Barcelona nostra, la gran encisera!*

Abrense en nuestra Barcelona morbosamente las flores del mal, y vibran con dolor todos los efectos de los cataclismos mundiales, Una sensibilidad espasmódica para asimilar lo bueno y lo peor. La curiosidad despierta, el oído atento a todas las palpitaciones de la hora, y al mismo tiempo la ausencia de coordinación social, la falta de cordialidad ciudadana. Una viva inteligencia, una enorme actividad y el hundimiento de la ética, la anarquía de hecho, el egoísmo universal, creando la lucha implacable de clases, el afán materialista por el enriquecimiento fulminante sin reparar en medios, la carrera al placer, el crimen cobarde... y como consecuencia natural de todo, que es lo mismo, el formidable encarecimiento de la vida.

Pesan sobre nosotros los factores que pesan sobre todo el mundo,

y esto explicaría una proporcionada carestía, pero el coste de la vida entre nosotros es en mucho superior a lo que explicaría la situación general y nuestras condiciones locales. Resulta hoy Barcelona una de las ciudades más caras del universo si se tiene en cuenta el valor de nuestra moneda, y no hay motivo para ello.

Siendo como es, tan costosa la vida en toda España, debiendo ser de una baratura ejemplar, Barcelona se lleva una bien triste primacía. Nótase marcada diferencia comparando los precios de las principales subsistencias en Barcelona y Madrid. La población de ambas capitales es la misma y no hay circunstancias de lugar que expliquen tales diferencias en detrimento de Barcelona, sino al contrario: Barcelona tendida sobre el mar pródigo y entre una rica huerta, con comunicaciones fáciles; Madrid sobre la landa estéril, sin propios medios de subsistencia; y sin embargo no es exagerado afirmar que la comida en Barcelona viene a costar un 30 por ciento más.

No hace muchos años se consideraba Madrid como la población más cara de España y los funcionarios gozaban en ella de un plus por capitalidad y el coste consiguiente de todas las cosas. Yo pongo a vuestra consideración una nota de precios (1) de las principales subsis-

(1) **PRECIOS de diferentes artículos, con anterioridad a la guerra europea y en la actualidad.**

	MADRID		BARCELONA	
	En Julio de 1914 Pesetas	En Enero de 1922 Pesetas	Precios de tasa Pesetas	Precios reales Pesetas
Aceite fino litro	1.25	2.00	2.60	
Aceite fino corriente. . . »	1.10	1.60	2.00	
Arroz bomba kilo	0.90	1.40	1.35	1.50
Arroz corriente. »	0.60	0.90	0.75	1.20
Azúcar »	1.20	1.60	1.60	
Bacalao »	1.30-1.50	1.40-2.00	—	2.40-3.00
Cok. 40 ks.	3.50	6.00-6.50	—	6.00-7.05
Vegetal 40 »	5.60	10.00-11.00	—	11.00
Tomate en conserva. . . lata	0.25	0.25	—	0.40
Pimiento en conserva. . »	0.25	0.50	—	0.60
Chorizos. kilo	4.00-7.50	5.00-12.00	10.00	
Jamón »	3.50-4.50	5.50-15.00	10.50	
Tocino »	2.00	3.00-3.50	—	3.50
Carna de vaca »	1.90-2.60	1.20-4.70	—	3.90-5.00
Harina »	0.40-0.60	0.80-1.00	—	1.00
Huevos docena	1.50	2.00-4.00	2.40-3.80	4.00
Jabón. kilo	0.70-1.00	1.00-2.00	—	1.40-3.00
Garbanzos »	0.90-1.50	0.90-2.00	0.50-2.40	2.50
Judías »	0.60-0.75	0.90-1.60	0.85-1.00	1.50
Lentejas »	0.50-0.70	0.80-1.20	1.10-1.25	1.00-1.50
Leche litro	0.50	0.70-0.80	—	0.80-0.90
Patatas kilo	0.20	0.40	0.40-0.45	0.50
Queso »	2.90-5.00	7.00-17.00	—	7.50-20

tencias en Madrid antes de la guerra—julio de 1914—y en el presente—enero de 1922—suministrada por la amabilidad del Alcalde de Madrid, señor Marqués de Villabrágima, y los precios reales de las mismas cosas en estos momentos en nuestras tiendas y mercados burlando tasas, sistemáticamente incumplidas como saben las buenas amas de casa. La diferencia, sumando todas las cosas que constituyen el régimen cotidiano, constituye una buena cantidad al mes que pesa gravemente sobre el presupuesto doméstico. En esta misma nota he copiado las tasas para la pasada quincena publicadas en el Boletín Oficial del día 2 y al lado los precios que corrientemente se exigen en todas partes. Según la tasa no existiría apenas diferencia; la realidad nos muestra que esta diferencia es bien marcada. He de hacer notar finalmente que los precios dados por la Alcaldía de Madrid—no se pudiera oponer que estos precios son también oficiales como los nuestros de tasa—coinciden con exactitud con los que he podido conocer valiéndome de otros medios de información.

Tres clases de artículos alimenticios alcanzan aquí precios intolerables, si se tiene en cuenta su verdadero valor, o el valor que debieran tener dadas nuestras condiciones geográficas. Las carnes, malas y escasas, el pescado y las verduras. Cataluña se encuentra en plena producción agrícola y ve aumentar con rapidez su riqueza ganadera; la industria de la pesca logra asimismo rápido desenvolvimiento.

Pero todavía Cataluña, según las conclusiones a que llega en su acabado estudio Rossell y Vilá «El problema de las carnes», ha de im-

	MADRID		BARCELONA	
	En Julio de 1914 Pesetas	En Enero de 1922 Pesetas	Precios de tasa Pesetas	Precios reales Pesetas
Sal gorda kilo	0.10	0.15	—	0.20
Sal molida »	0.12	0.20	—	0.25
Sopa corriente »	0.65	1.20	1.50-2.00	
Vino tinto botella	0.50	0.70	—	0.70
Vinagre »	0.25	0.35	—	0.80
Pan país, kilo pieza	0.44	0.72	—	0.75
Pan país medio kilo »	0.23	0.36	—	0.10
Panecillo »	0.10	0.10-0.12	—	0.10
Trigo 100 ks.	32.00	53.25		
Gallinas pieza	3.75	5.00-10.00	—	8.00-15.00
Conejos »	2.00	2.50-3.00	—	5.00-7.00
Pollos »	2.25	3.00-6.00	—	6.00-12.00
Almejas kilo	1.20	2.00-2.70		
Besugos »	1.10	2.70-3.00	—	3.00-3.75
Pescadillas »	1.30	1.60	—	2.00-3.75
Sardinas »	1.10	1.40-1.80	—	2.50
Verduras »	0.20-0.60	0.25-0.80	—	1.00-1.50

portar carnes por 100 millones de pesetas anuales, de las que buena parte corresponden a Barcelona. Ya a partir de 1884 la cuestión del abastecimiento de carnes ha preocupado a algunos hombres previosores. Son de notar en especial las campañas del «Institut Català de Sant Isidre» en la indicada fecha de 1884 y sus insistentes reclamaciones de 1894, 1900, 1902 y 1916, esta última vez con la publicación de su folleto «El problema de la alimentación en las grandes ciudades y especialmente en Barcelona».

La política municipal en lo que afecta a abastecimiento de carnes, ha sido, dice Rossell y Vilá, desafortunada e incoherente, no logrando acabar con los abastecedores intermediarios, de hecho monopolizadores del mercado, que imponen sus precios arbitrariamente y que gozan del poder real de dejar Barcelona sin carne si así se les antoja. El día 14 de este mes el concejal señor Puig y Esteve, presidente de la Comisión Municipal de Abastecimientos, dió una conferencia instructiva; decía en ella que hasta hace dos años «se daban en todos los 17 mercados de Barcelona toda clase de abusos y corruptelas, cuya responsabilidad no recaía únicamente en los directores y otros empleados porque aquéllos, con frecuencia, atendían a indicaciones de los concejales»; que en los mataderos es «donde han luchado con mayores obstáculos y donde han sucedido las cosas más extraordinarias, tanto que en el bienio anterior—dice el señor Puig y Esteve—los regionalistas no quisieron intervenir en el gobierno de los mataderos». Al proyectar el actual Ayuntamiento la reorganización de los mercados pareció urgente la eliminación de algún alto empleado. Era bien conocida por todos la mala administración en mataderos y mercados y el poder incontrastable de los grandes abastecedores que se habían atraído complicidades numerosas e inconfesables. No compartimos los optimismos del aludido conferenciante considerando que hayan sido evitados tales abusos, porque no es visible la eficacia de las medidas que se hayan venido acordando. Pero por otra parte, importa considerar los conflictos que de un año a esta parte se han venido produciendo con las autoridades gubernativas. En diciembre de 1920 el Ayuntamiento acordó el régimen de la unificación de compras, esto es, que la totalidad de carne que necesita Barcelona para su consumo fuese adquirida por un solo comprador que recibiría instrucciones de la Alcaldía, evitando la competencia de las compras en Galicia y obteniendo, en consecuencia, la rebaja de precios del ganado en aquellos centros productores. Levantóse un agudo clamoreo seguramente interesado contra esta disposición y en marzo del corriente año fué suspendido el acuerdo municipal por el señor Gobernador, volviéndose primero al régimen antiguo, luego a un régimen de unificación insuficiente y monopolizador, según la opinión que antes hemos aducido, e iniciándose una sorda disputa entre el Ayuntamiento y el Gobierno civil, con lo cual sigue el problema sin resolver y la carne es pésima y cara, con gran contento de los grandes intermediarios, refocilados por esta lucha de competencia entre autoridades.

Algo peor todavía—si fuese posible algo peor—sucede con el pesca-

do y los productos de la tierra que se dan sobre todo en el llano del Llobregat. Es en esto que se ven claros los efectos de la codicia rural, avivada por las grandes ganancias de los años de guerra. Nuestros comerciantes de pescado y nuestros pescadores mismos—lo hemos visto, cerca del mar—los compradores de legumbres y nuestros payeses se acostumbraron a ingresos fantásticos y no atajan sus exigencias. Trátase en estos dos casos de alimentos que nos brindan generosos el mar y la tierra y en nuestra propia casa, y todos ellos a pesar de optimismos municipales, de la instalación de nuevos mercados y de un aparente régimen de puerta abierta, de compra y venta libre, han logrado precios inicuos y la tendencia no es ciertamente a la baja!

Al despertar todas las concupiscencias, se ha esgrimido como argumento que todo lo justifica el hecho del encarecimiento universal. La intervención nefasta del intermediario acaparador y agiotista fué ya señalada por el diputado por Barcelona Pedro Rahola en su ponencia «Subsistencies i materies per a l'industria» en su conferencia de la serie «El pensament catalá davant del conflicte europeu, 1915». ¿Quién dudará de que no podemos substraernos al fenómeno económico mundial, pero quién dudará tampoco de que aquí se presenta el daño con una intensidad desproporcionada a la situación verdad? En la fiebre por el oro, en los momentos en que se avivaron los egoísmos, es según vimos, en aquellos pueblos en que es más laxa la trabazón ética, que se han sentido con mayor agudez los efectos de la incoordinación del individuo con la sociedad. Nuestra presente situación espiritual fué cruel y justamente definida por Pedro Corominas en una hoja volandera. Existe una íntima trabazón entre todas las desgracias que venimos padeciendo desde el ejemplo demoralizador de la guerra. Tienen una común raíz, en el fondo de las almas, el ansia de riquezas, la avaricia del patrono, del fabricante o intermediario comercial que se encumbraron en pocos años hasta fortunas inesperadas (sin acordarse por un momento de aquellos que materialmente labraron su bienestar, ni de la sociedad en que viven) el terrorismo deshonroso y el encarecimiento asesino. He aquí los peligros profundos que amenazan el porvenir de nuestro pueblo y que inundan de desesperanza nuestro optimismo. Todo es uno y lo mismo: los más ricos dando ejemplo cotidiano de demoralización y de incomprensión ciudadana; los muertos en nuestras calles, los que mal viven en casas sin luz y sin aire, privados de adquirir lo imprescindible para su mantenimiento. Todo esto manifiesta cuanto hay por corregir todavía en Cataluña y cómo es inaplazable y fundamental una campaña de moralización ciudadana, y también la coacción cuando ésta se haga necesaria.

Esta coacción se ha ejercido ya con mano dura desarraigando las violencias del terrorismo. Pero quedan otros muchos delincuentes que no han sufrido contrariedad. Sus víctimas no yacen en las calles abandonadas por la general cobardía; pero sus víctimas son igualmente ciertas y no menos numerosas. Mueren tuberculosas, en los hospitales o en sus tugurios infectos. No puede seguir, entre tantas

otras lacras, la orgía de los precios en provecho de unos cuantos desaprensivos. ¡Nuestros enemigos están dentro de casa! Un escarmiento ejemplar a los culpables una atención constante, una vigilante inspección popular a nuestra administración pública, y una educación cooperatista a nuestras multitudes podrían ser el principio del remedio. Cataluña pretende, con toda razón y justicia, acusar de día en día su personalidad nacional. Será su primera obra a realizar su reintegración moral, la agudización de su conciencia colectiva, aquello que la ponga en estado de actuar como colectividad bien definida, como pueblo verdad. En una palabra, una reacción tempestuosa contra la actual deprimente situación, que suministraría, a durar, argumentos terribles a nuestros enemigos. ¿Se hará el milagro?

Perdonadme las derivaciones naturales de mi discurso. Yo bien sé que no tiene tono académico, pero he de deciros que no me arrepiento. Ya hemos probado todos que, cuando así lo queremos, nos encerramos entre los muros de esta sala y discutimos con competencia sobre temas difíciles de las ciencias médicas. Pero es esta una sesión solemne, que ha de trascender a fuera y las Academias no pueden desentenderse de la vida de todos; con sus goces o sus dolores, sus esperanzas o sus desengaños. Hombres somos y hombres amenazados; y nuestra misión no termina en la rebusca fría de secretos de la vida. Vivimos sumergidos en nuestro mundo y a él nos debemos. ¡Ay de las clases intelectuales que se muestran indiferentes a los destinos de sus pueblos! Serán siempre las víctimas, mal vistas por las sociedades en decadencia; entre los capitalistas que las juzgan inútiles y hostiles, y las masas proletarias que las consideran burguesas. Ved lo que les pasó en Rusia; recordad la situación de los sabios en los países vencidos, arruinados. Todas las crisis agudas de la humanidad afectan en primer término a aquellos que sólo viven en su espíritu, y muchas veces confesemos que es de ellos la culpa. No incurramos nosotros en este pecado: hablemos al pueblo y que vea el pueblo que de su bienestar nos preocupamos y que con él formamos; que somos hombres antes que todo. Señalemos los peligros que podamos prevenir y vaya nuestro consejo, que será o no atendido. Pero si no lo es y llega la catástrofe, nosotros no sentiremos por lo menos remordimientos; habremos cumplido con nuestro deber.

Las horas son oscuras; el mundo moderno sucumbe en el naufragio de toda idealidad y unos países sufren entre todos por su destrabazón social. No se quiere al prójimo como a sí mismo, ni se quiere para los demás lo que se quisiera para sí. Falló la coordinación moral de la humanidad. He aquí la causa primera de nuestra ruina, dice todavía Norman Angell. Esperemos todavía que no nos sea dado el dolor de asistir a la quiebra definitiva de la sociedad moderna, de la civilización. Procuremos ser cada uno de nosotros, y procuremos también que lo sean los demás, cada día un poco más buenos, sencillamente, humildemente, firmemente. Nada más!